

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

FUNDADOR

D. Arturo Zancada y Conchillos

DIRECTOR: D. RICARDO VINUESA

AÑO XXI.—NÚM. 4.º

8 DE FEBRERO DE 1900



ALEGORÍA DEL MES DE FEBRERO

SUMARIO

Grabados.—Alegoría del mes de Febrero.—Guerra anglo-boer: un accidente en la marcha.—Infancia de Turena.—Servicios de la Guardia Civil: sobre la pista.—El peso de la hechicera.—La torre Eiffel y los monumentos más elevados del mundo.—Los ocios del viejo menestral.

Texto.—A nuestros lectores.—Crónica, por Ricardo Vinuesa.—Blasco Ibáñez.—La condenada, por Vicente Blasco Ibáñez.—Febrero, por José Rodao.—Infancia de Turena.—La favorita de Alfonso VIII, por Práxedes Zancada.—El peso de la hechicera.—Menudencias, por Daniel Collado.—Treinta años atrás, por Antonio Sánchez Pérez.—El sexto sentido, por Eugenio García Gonzalo.

A nuestros lectores

Tenemos el gusto de participar á nuestros suscriptores que se ha encargado de la dirección literaria de esta Revista el ilustrado escritor y distinguido oficial D. Ricardo Vinuesa, cuyas singulares cualidades de inteligencia y laboriosidad darán notable impulso á esta publicación, á la que por espacio de veinte años venimos consagrando nuestros desvelos, con la aspiración de servir desde sus columnas á los más altos intereses de la Patria.

Animados hoy con el inapreciable concurso de tan competente Director, seguiremos con el más vivo interés esta obra de abnegación, en pro de la cultura y de la verdadera regeneración del país, más necesitado de hechos y de nobles ejemplos, que de aparatosos alardes y palabras deslumbradoras.

Al saludar hoy á nuestro joven é inteligente Director, hacemos votos por el éxito de su gestión al frente de esta Revista, cuya prosperidad y cuyos ideales están íntimamente enlazados á la felicidad y á la grandeza del país.

La Redacción.

CRÓNICA

El escandaloso robo de la calle del Carmen: un escaparate violentamente roto, joyas arrebatadas en un abrir y cerrar de ojos, un hombre que desaparece por la boca de una alcantarilla, ni más ni menos que si se tratara de un juego de tramoya, han vuelto á poner sobre el tapete la seguridad en Madrid y la falta de policía.

Después de la sorpresa producida por este folletón «vívido», que pudiera muy bien figurar entre los sensacionales que *La Correspondencia* publica, y del consabido «los ladrones no han sido habidos», la gente y los periódicos han caído por millonésima vez en la cuenta de que esto, y más que esto, nos tiene que ocurrir, porque no tenemos buena policía.

Ni buena ni mala. En España «eso no se lleva». Si alguien ha intentado crear un cuerpo profesional que responda á la verdadera acepción de la palabra, jamás se ha pasado del intento.

Pero también hay que confesar que lo que en otros países es de fácil arreglo, resulta en el nuestro una labor titánica, porque somos el pueblo más inmanejable del mundo.

Cuando el Sr. Aguilera quiso reglamentar los cargos de porteros, con el propósito muy plausible de convertirlos en eficaces auxiliares de la policía, el que no hizo media docena de chirigotas á costa del proyecto, protestó lleno de santa indignación, porque «cada casero podía tener en la portería á quien le diese la gana» (real ó republicana, según el matiz político del despoticador).

Se ha necesitado el cruento sacrificio de un guardia municipal muerto en el cumplimiento

del deber, para que el pueblo soberano se decida á «tomar en consideración» á los *judíos de Romanones*, como pintorescamente apodó á los municipales montados.

Y todos los madrileños saben que cuando hay una disputa entre la autoridad y alguien que se resiste á obedecer, los transeúntes que se agrupan dan la razón invariablemente al detenido y se ponen enfrente de la autoridad.

Por otra parte, á la justicia nadie le dice una palabra «por no meterse en líos»; los porteros pierden la memoria de los que entran y salen; las patronas son por lo regular tan poco curiosas, que no saben nada de la vida de sus huéspedes, y en los hoteles cada uno es lo que quiere y se llama como le acomoda.

Con estos *inapreciables* elementos abajo y la falta de dirección y voluntad arriba, es como se comprende que se pueda robar impunemente á las siete de la tarde y asesinar un poco más temprano.

Razón tiene Felipe Pérez al decir que

*«si hay alguien que viva aquí,
es que vive de milagro.»*

El Sr. Aguilera ha llevado al Congreso el eco de la calle, pero ya verán ustedes como todo se queda en las «palabras, palabras, palabras», con que significara su profundo escepticismo de las cosas el famoso personaje de Shakespeare.

Un diputado por Madrid, el Sr. Ruiz Jiménez, ha presentado una proposición para que se consideren como delitos, incluyéndolos en el Código penal en clase de tales, las adulteraciones de los artículos de consumo.

Nuestros regeneradores, que nos dan malo el pan, averiada la carne y escaso el peso; los que fijaron la máxima de los cambios para sus artículos, comprados casi á la par; los que sólo á expensas de un sentimiento atávico pueden haber estampado el lema de regeneración en las aletas del casco de Mercurio, bien merecido tienen que el Código penal les considere incursos en su articulado.

Para hacer la apología de las Cámaras de Comercio no se necesita más que poner paralelamente á su programa la interminable relación de los artículos adulterados, «nocivos para la salud», según el Laboratorio municipal.

Y como *post-scriptum*, la proposición Ruiz Jiménez, que deseamos sea ley, para que, ya que se tira de la «regeneración» para unos, se tire para todos.

Lucha de fieras en la Plaza de Toros. Un ídem, una pantera, una leona, una osa.

Un gran cartel con chafarrinones encarnados anunciaba la fiesta. Pero también esta vez, como la pasada,

*«el cartelón
prejuza la cuestión»*

según dijo Ricardo de la Vega, porque el toro aparece vencido y chorreando sangre, siendo así que sucedió todo lo contrario.

No se cumplió, pues, el *culto* progama, y tampoco figuraban en él los veinte heridos que ocasionara un disparo casual de la escopeta del domador.

No hay que «faltar» nuevamente á los es-

pañoles porque asistan á una de esas fiestas en las que

«renace el circo con la antigua gleba»

porque no son compatriotas nuestros precisamente los de la Embajada austro-húngara, cuya mala fortuna deploramos.

Además, el movimiento taurófilo va adquiriendo en Francia enormes proporciones, y ya leerían ustedes que nuestra siempre bella Carolina Otero armó un escándalo en París porque no le dejaban entrar á ver cómo dos hombres se hacían polvo á puñetazos.

El espectáculo es brutal, salvaje, sin el arte del que mira algo artístico en el toreo, sin las gallardías del animal que arremete y el peón que esquiva el golpe.

Y es preciso suprimirlo, borrarlo de nuestras costumbres y de nuestros sentimientos, para no descubrir, bajo la vestidura del hombre culto, un «patricio» ó un «plebeyo», que no conservan de aquéllos, á través de las generaciones, más que el instinto sanguinario de un pueblo que con sangre se divertía.

**

La plausible iniciativa de *El Liberal*, que ha producido 667 cuentos, demuestra que no todo está muerto en España.

Ha producido más expectación este torneo literario que todos los debates parlamentarios, en cuyo secreto estamos ya el noventa por ciento de los españoles.

El primer premio, *Las tres cosas del tío Juan*, hermoso cuento castellano de moraleja confortante, es la revelación de un literato ignorado, el Sr. Nogales y Nogales. *La Chucha*, que ha obtenido el segundo lugar en el concurso, es un artículo viril, un trozo de la vida del presidio, admirablemente enfocada. Pertenece á lo que pudiéramos llamar literatura modernista, en la que el nervio del escritor lo es todo, y en la que la imaginación no hace más que vestir la realidad. La señora Pardo Bazán, que acaba de hacer una *tournee* triunfadora, puede añadir á sus laureles la hoja de *El Liberal*.

El popularísimo periódico ha visto confirmado por la opinión el fallo de su jurado en su primero y brillante concurso; y deseándole el mismo éxito en los sucesivos, le damos una cordial enhorabuena, que hacemos extensiva á las Letras.

**

A la hora que escribimos estas líneas se espera en Londres la noticia de un tercero y definitivo avance de Buller, sobre Ladysmith.

La pasividad de Roberts, general en jefe, indica bien á las claras que se quiere dar tiempo al anterior para el desquite de sus desastres.

La campaña del Sur de Africa ha entrado en su período agudo. Si fracasan nuevamente los ingleses, y las nubes que se ciernen sobre ellos les crean una situación análoga á la nuestra en Cuba y Filipinas, ya nos dirán nuestros nobles amigos de la Albión lo que siguen pensando de las «naciones muertas y de las naciones vivas».

RICARDO VINUESA.

Blasco Ibáñez

Al hablar de literatos jóvenes, de diputados briosos, de oradores, de gente moza, de savia nueva, hemos oído decir muchas veces: «Aquí, excepto Blasco Ibáñez...»

En poco más de un año este nombre, repetido de boca en boca y de suelto en suelto, ha alcanzado la más envidiable y lisonjera popularidad. En *El Pueblo*, todo un periódico que él ha logrado hacer, ha demostrado que es un periodista de batalla; vino al Congreso, y todos le proclamaron orador; escribió *La barraca*, y los críticos dijeron: «ahí va un novelista.»

¿Su edad? Treinta y tres años. ¿Su retrato? Rodrigo Soriano lo ha pintado admirablemente con unas cuantas pinceladas:

«Es de atlética complexión, arrogante cabeza, simpática y abierta fisonomía de guerrero antiguo, de aventurero, de luchador. Sus retratos recuerdan no poco aquellas estatuas de gladiadores que se admiran en romanos museos. Es joven, orador fogoso, poseedor del misterioso imán que sujeta el corazón de las masas, usa de viril estilo, de franco y resuelto lenguaje, que ante nada se detiene cuando trata de decir verdades ó cosas que se parezcan á verdades.»

No hubo asonada en Valencia en que no tomara parte, ni conspiración de broma ó de veras en que no

se le creyera comprometido; los gobernadores, la policía, los de la secreta y los delatores de oficio, tuvieron durante mucho tiempo á Blasco Ibáñez por su pesadilla y su preocupación constante.»

**

El lance personal que le trajo á Madrid—poco después de enviarnos gallardamente su *Pueblo* recién salido de la «rotativa»;—su herida, levisima afortunadamente; la paternidad que se le ha atribuido del cuento premiado en el concurso de *El Liberal*, y por último, el libro que nos deja en los escaparates al marcharse á su tierra, hacen de Blasco Ibáñez la más saliente y estimable actualidad.

El gran escritor valenciano ha aumentado el caudal de su prosa robusta, de sus viriles obras literarias, con un volumen que lleva por título el del primero de los cuentos en él coleccionados: *La condenada*.

Nuestra humilde opinión no ha de avalorar la fama de cuentista vigoroso y brillante que Blasco Ibáñez tan bien ganada tiene. Para el que no le conozca, la lectura del cuento que en otro lugar de este número publicamos, será de más efecto que una columna entera de crítica.

El autor de *La condenada* no ha luchado en Madrid, no conoce Madrid, no se ha hecho aquí ese ambiente

que algunos juzgan necesario precursor del éxito, bajo el influjo de la falsa idea de que la Metrópoli lo irradia todo. Blasco Ibáñez, que trae á las áridas márgenes del Manzanares su literatura fresca, olorosa, potente y vivificadora—como las ráfagas de su mar levantino y como el aire de sus campos,—es una demostración negativa de lo que sostienen los honrados vecinos del pueblo más grande de la Mancha.

El *Maupassant* español—como alguien le llama,—es republicano por pasión, por «meridionalismo», por arte, porque Blasco Ibáñez es artista sobre todo. Trocando contra lo existente y con la vista fija en el porvenir, puede dar rienda suelta á su rebosante y arrebatadora verbosidad de tribuno, y su pluma como su palabra pudieron centellear ante los asombrados ojos de las muchedumbres.

Pero en las soledades de sus prisiones, en las treguas de la batalla, en sus descansos de perseguido, ha escrito *Flor de Mayo*, ha escrito *La barraca*, que es en la literatura la confirmación de la hermosa esperanza que despertara Blasco Ibáñez, á quien pueden aplicarse aquellas frases de Zola: «¡Lástima que esté metido entre las marañas de la política vieja y deshonorada en cerebro luminoso, capaz de producir la obra literaria concienzuda y bella».—V.



GUERRA ANGLO-BOER.—UN ACCIDENTE EN LA MARCHA.

DE UN LIBRO NUEVO

“LA CONDENADA,”

Catorce meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

Tenía por mundo aquellas cuatro paredes de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y desconchaduras se sabía de memoria: su sol era el alto ventanillo cruzado por hierros que cortaban la azul mancha del cielo; y del suelo de ocho pasos, apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla, incrustándosele en el tobillo, había llegado casi á amalgamarse con su carne.

Estaba condenado á muerte, y mientras en Madrid

hojeaban por última vez los papelotes de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver en aquel ataúd de argamasa, deseando como un mal momentáneo, que pondría fin á otros mayores, que llegase pronto la hora en que le apretaran el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la limpieza; aquel suelo, barrido todos los días y bien fregado, para que la humedad, filtrándose á través del petate, se le metiera en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba parar ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la suciedad le quitaban al preso. Soledad com-

pleta. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como buenas compañeras; si en los rincones hubiese encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día, ¡cómo lo recordaba Rafael! un gorrion se asomó á la reja, cual chiquillo travieso. El bohemio de la luz y del espacio, piaba como expresando la extrañeza que le producía, viendo allá abajo aquel pobre ser amarillento y flaco, estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados á las sienes y un harapo de manta ceñido á los

riñones. Debió asustarle aquella cara angulosa y pálida, con una blancura de papel mascado; le causó miedo la extraña vestidura de piel roja, y huyó sacudiendo sus plumas, como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos, al menos, veían cielo libre sobre sus cabezas; no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres, y no les faltaba con quién hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban libertad; y los que á aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... ¡Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse, perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse, rezando con monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre, y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver, mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo, acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos molesto por la luz reglamentaria, á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño sus enemigos, aquellos que querían matarle, y á los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaba con crueles pinchazos.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito, la concurrencia en la taberna de la plaza admirándole con la boca abierta y repitiendo con entusiasmo: ¡Qué bruto es Rafael! La mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del ayuntamiento le halagaban, dándole escopeta de de guarda rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía á los otros, los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también de presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y como consecuencia inevitable, vino la espera al acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que no chillase ni patalease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final la cárcel, donde encontró antiguos compañeros; el juicio, en el cual todos los que antes temían, se vengaron de los miedos que habían pasado declarando contra él; la terrible sentencia, y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte, que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romance, había escuchado siempre con entusiasmo, y se reconocía con tanto redañó como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño, y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo abogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro, al que hasta entonces no había conocido, y lloriqueaba, no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarróbas é higos que en la cárcel llamaban café.

Del Rafael antiguo, que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pen-

saba con terror que ya iban transcurridos catorce meses, y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que se asomaban al ventanillo de la puerta, en el cura de la cárcel que ahora entraba todas las tardes, como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Que si era buen cristiano? Sí, padre. Respetaba á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender al rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas.

Después, el cura le hablaba de Jesús, que con ser Hijo de Dios, se había visto en situación semejante á la suya, y esta comparación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte; pero á gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer con la niña que había nacido estando él preso rondaba la cárcel pidiendo verle, no dudó ya. Cuando aquella dejaba el pueblo, es que la *cosa* estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto, y se agarró con furia á esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además nada le costaba á aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una *firmica*.

Y á todos los enterradores oficiales que por curiosidad ó por deber le visitaban, abogados, curas y periodistas, les preguntaba tembloroso y suplicante, como si ellos pudieran salvarle:

—¿Qué les parece, ¿echará la firmica?

Al día siguiente le llevarían á su pueblo atado y custodiado como una res brava que va al matadero. Ya estaba allá el verdugo con sus trastos. Y aguardando el momento de salida para verle, se pasaba las horas á la puerta de la cárcel la mujer, una mocetona morena, de labios gruesos y cejas unidas, que al mover su hueca falda de zagalejos superpuestos, esparrucaba un punzante olor de establo.

Estaba como asombrada de verse allí; en su mirada boba leíase más estupefacción que dolor, y únicamente al fijarse en la criatura, agarrada á su enorme pecho, derramaba algunas lágrimas.

—¡Señor! ¡Qué vergüenza para la familia!—Ya sabía ella que aquel hombre terminaría así.—¡Ojalá no hubiese nacido la niña!

El cura de la cárcel intentaba consolarla. Resignación: aún podía encontrar, después de viuda, un hombre que la hiciese más feliz. Esto parecía enardecerla, y hasta llegó á hablar de su primer novio, un buen chico, que se retiró por miedo á Rafael, y que ahora se acercaba á ella en el pueblo y en los campos como si quisiera decirle algo.

—No, hombres no faltan—decía tranquilamente con un conato de sonrisa.—Pero soy muy cristiana, y si cojo otro hombre quiero que sea como Dios manda.

Y al notar la mirada de asombro del cura y de los empleados de la puerta, volvió á la realidad, reanudando su difícil lloro.

Al anochecer llegó la noticia. Si que había *firmica*; aquella señora que Rafael se imaginaba allí en Madrid con todos los esplendores y adornos que el Padre Eterno tiene en los altares, vencida por telegramas y súplicas, prolongaba la vida del sentenciado.

El indulto produjo en la cárcel un estrépito de mil demonios, como si cada uno de los presos hubiera recibido la orden de libertad.

—¡Alégrate, mujer—decía en el rastrillo el cura á la mujer del indultado.—Ya no matan á tu marido; no serás viuda,

La muchacha permaneció silenciosa, como si luchara con ideas que se desarrollaban en su cerebro con torpe lentitud.

—Bueno—dijo tranquilamente.—¿Y cuándo saldrá?

—¡Salir!... ¿Estás loca? Nunca. Ya puede darse por satisfecho con salvar la vida. Irá á Africa, y como es joven y fuerte, aún puede ser que viva veinte años.

Por primera vez lloró la mujer con toda su alma; pero su llanto no era de tristeza, era de desesperación, de rabia.

—Vamos, mujer—decía el cura, irritado;—eso es tentar á Dios. Le han salvado la vida, ¿lo entiendes? Ya no está condenado á muerte... ¿Y aún te quejas?

Cortó su llanto la mocetona. Sus ojos brillaron con expresión de odio.

—Bueno, que no le maten... me alegro. Él se salvó; pero yo, ¿qué?...

Y tras larga pausa, añadió entre gemidos que estremecían su carne morena, ardorosa y de brutal perfume:

—Aquí la condenada soy yo.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

¡Febrero, bien venido!

¡Adiós, desapacible y triste Enero, eterno mes de los cuarenta días, que me helaste la tinta en el tintero y me obligaste á hacer economías, y á sufrir varias veces privaciones, disgustos y escaseces! Desde el día feliz de Nochebuena, en que cobré, saliendo de un apuro, no he vuelto, y eso, Enero, te condena, á ver en mi bolsillo medio duro Y digo medio duro, que es bastante, por culpa del maldito consonante, pues si con toda ingenuidad me explico, debo afirmar que no vi un perro chico desde el día citado, hasta ayer, que he cobrado nuevamente, y no sé, la verdad, cómo he cobrado, pues al llegar el martes, día ansiado que esperaba impaciente, para aumentar mi horrible pesadumbre, tal era ya mi falta de costumbre, y tanto me extrañaba lo que hacía, que ni aun firmar la nómina sabía. Hoy ya cobré; cesaron mis reveses, y, aunque después de los cuarenta días que no tienen los otros once meses, una insufrible procesión de ingleses venga á amargar mis dichas y alegrías, todo, todo lo sufro y lo tolero, porque llegó Febrero y en él endulzo mi angustiosa pena, mientras maldigo al insufrible Enero, con su terrible y larga cuarentena. Y si hay alguno que á decir se atreve, considerando que la vida es breve, que han sido muy contados los pasados días de Enero, dice tonterías... ¡Sólo admito que han sido muy contados, porque yo los conté todos los días!

JOSÉ RODAO.

LA INFANCIA DE TURENA

Enrique de la Tour d'Auvergne, Vizconde de Turena y Duque de Bouillon, el primer táctico del siglo XVII, el vencedor de las Dunas y Valenciennes, aquel gran Capitán que secundó tan audaz y afortunadamente en los campos de batalla la hábil y cautelosa campaña emprendida por Richelieu contra la casa de Austria, dirigiendo más tarde golpes á la preponderancia española; el esforzado caudillo que cayó cubierto de laureles delante de Salzbache, herido por el cañón austriaco, ocupa suficiente lugar en la historia para que su carácter y sus acciones sean objeto de preferente atención y estudio por parte de los literatos y de los artistas.

Sus grandes hechos militares, su heroica muerte, muchas escenas de su dramática existencia, han dado asuntos á la pintura y al grabado.

El asunto que representa nuestro grabado de la página 41 es el siguiente: Cuando niño, el vencedor de Mulhausen se criaba débil y enfermizo, hasta el extremo de que su padre creyó imposible pudiera nunca dedicarse al servicio de las armas y soportar las fatigas de tan ruda profesión.

El niño no pensaba de este modo, y para demostrar el fundamento de su opinión, una noche abandonó la casa paterna, se dirigió á Sedán, subió á uno de los baluartes, y eligiendo por lecho la cureña de un cañón, durmió sobre ella tranquilamente, hasta que llegada la mañana pudo darse con el paradero del joven Vizconde.

EL LIBRETO DE RAQUEL

LA FAVORITA DE ALFONSO VIII

I

Ahora que el maestro Bretón, haciendo con más ó menos éxito un nuevo ensayo de ópera española, ha estrenado en el regio coliseo su *Raquel*, y que con este motivo diferentes críticos ponen en duda la verdad de la tradición que ha inspirado al compositor, parécenos oportuno hacer algunas consideraciones, tanto sobre el hecho histórico de referencia, como sobre las obras poéticas sugeridas por aquellos amores, que terminaron con el desastroso fin de la hermosa é infeliz judía, muerta á manos de los caballeros castellanos, que demostraron que la nobleza de sus blasones no corría parejas con la de sus sentimientos.

Y no es de extrañar llegasen unos magnates desalinados á enrojecer sus aceros con la sangre de una pobre mujer que no había cometido otro delito que agradar con su belleza al joven monarca, pues los nobles, que aprovechando todas las ocasiones que minoridades turbulentas y momentos de trastorno les ofrecían, se entregaban con desenfreno al saqueo, al pillaje y á todo género de exacciones vituperables, llevando á cabo con criminal cinismo las más odiosas empresas, no habían de retroceder ante un asesinato, siquier fuese tan

vil, como no retrocedieron tampoco los caballeros portugueses que dieron muerte á la infortunada doña Inés de Castro. Eran los caballeros de aquellas épocas, no solo en España, sino en todas las naciones, como consecuencia de un estado social bárbaro y rudo, sanguinarios, incompasivos, feroces... Bajo las férreas armaduras latían corazones curtidos en el fragor de las batallas, insensibles á toda tierna piedad é indiferentes á todo lo que no fuese su sed de sangre y su ansia de matanza... ¡Mataban por la fe!, dirán los apologistas exaltados de una edad infausta; pero á esto puede objetarse que cuando no guerreaban con los infieles, se destrozaban entre sí. Era un espíritu destructor el que les animaba, y un apetito nunca saciado de exterminio el que guiaba sus acciones, estimulándolos á la lucha continua, al combate sin tregua, á la violencia sin medida.

Mas, dejándonos de estas filosofías sobre el carácter de la sociedad medioeval, volvamos á Raquel, cuya existencia juzgamos indudable á pesar de las opiniones contrarias de Flórez en sus *Reinas Católicas*, del Marqués de Mondéjar en la *Crónica de Alfonso VIII*, de Diego de Colmenares y de los doctos historiadores Lafuente y Cavanilles.

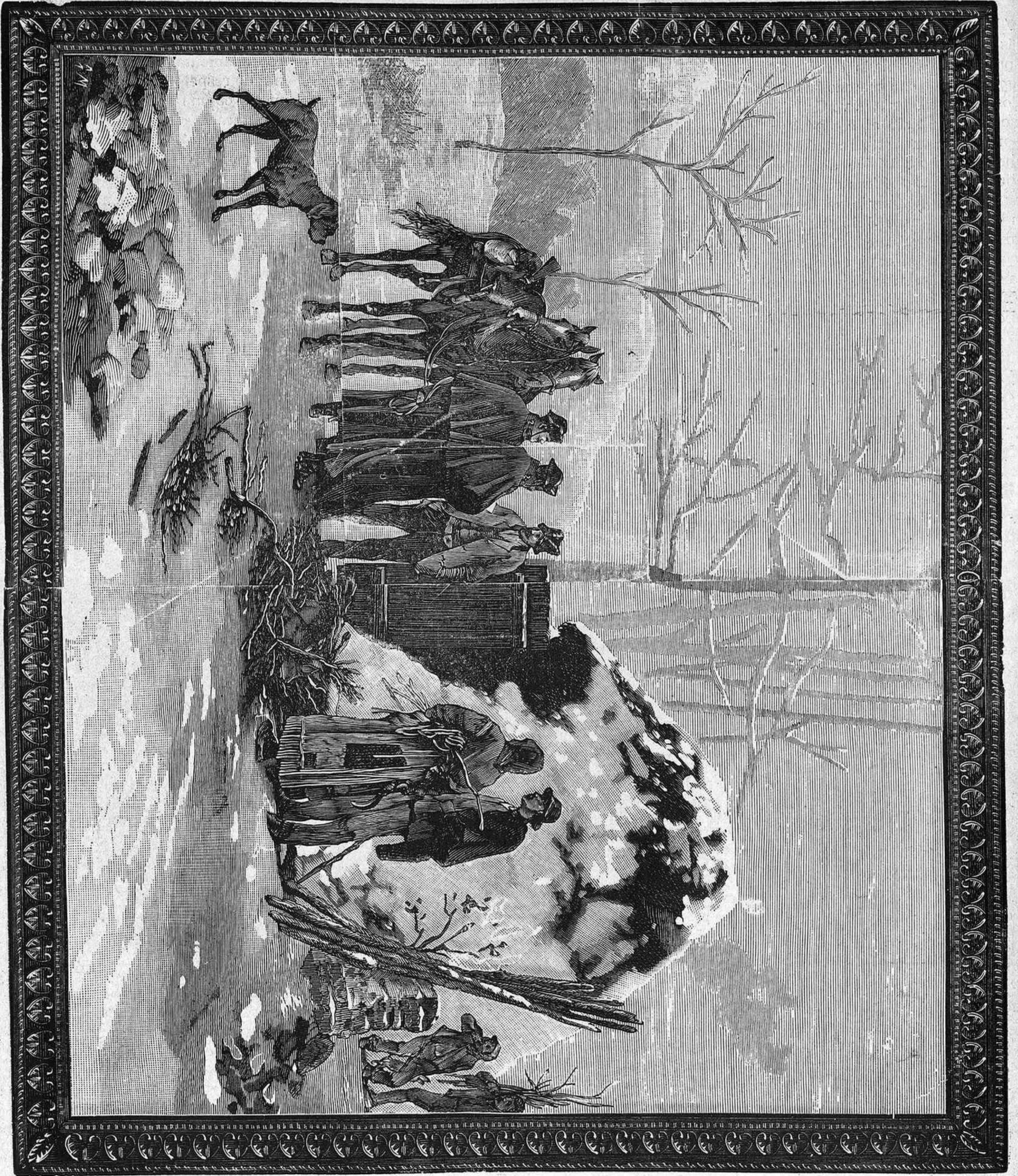
Dice Flórez en su obra citada que los supuestos amores son una novela mal fingida, publicada con otras en la *Crónica general*, y resumida de allí por los que no saben discer-

nir las fuentes de los charcos. Tanto este autor como el Marqués de Mondéjar estriban su argumentación en el silencio del Arzobispo D. Rodrigo, y de D. Lucas de Tuy, coetáneos del Rey Alfonso VIII, los cuales nada dicen en sus crónicas del suceso que nos ocupa; pero en verdad que esto solo no basta para negar rotundamente un hecho que por consideraciones de respeto pudo ocultarse por dichos cronistas, con un paliatorio silencio, siendo, pues, aventurado desmentir en absoluto la certidumbre histórica de las estrechas relaciones que mediaron entre el Monarca castellano y la hebrea de Toledo, las que para los historiadores mencionados tienen el carácter de conseja ó patraña.

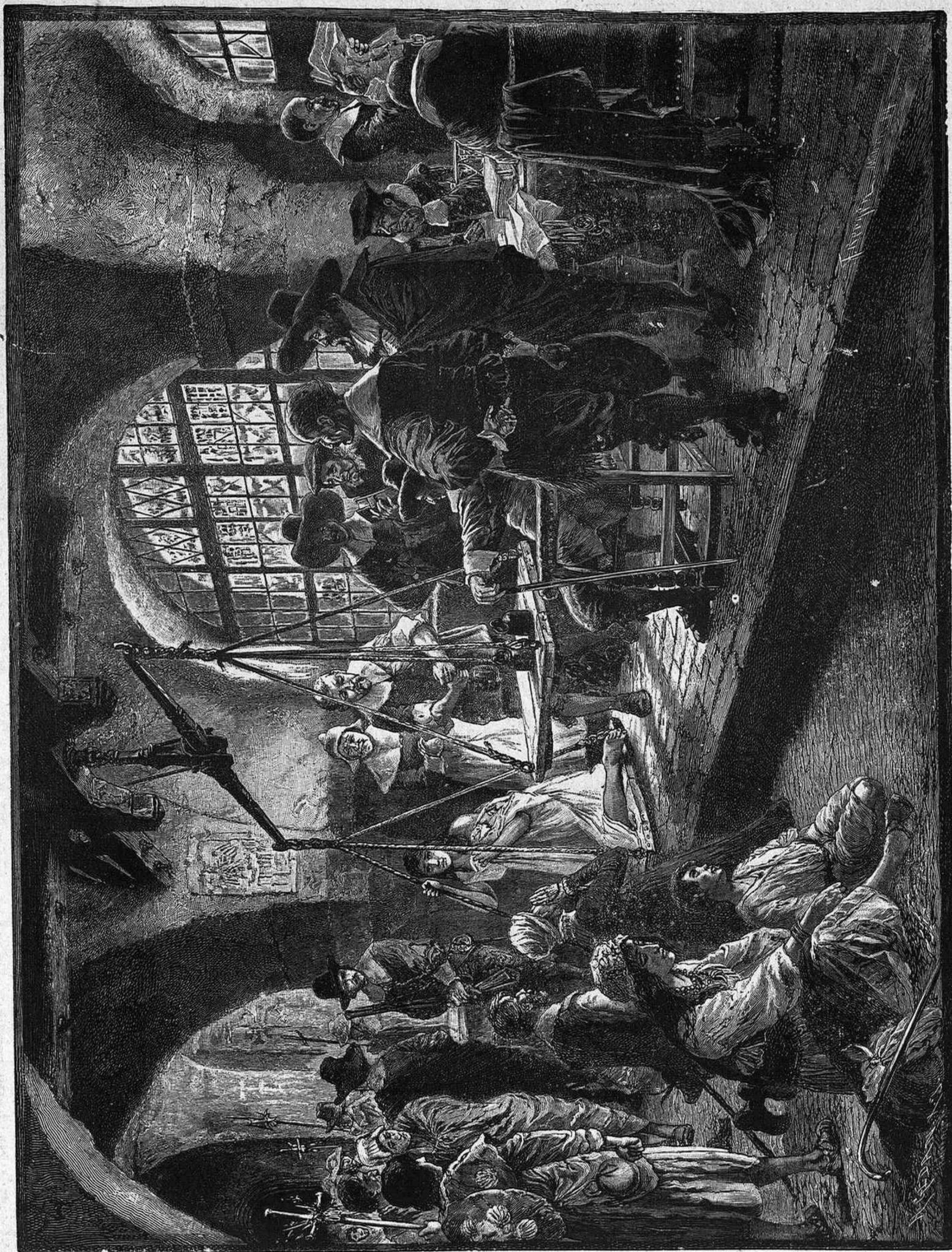
En primer lugar ya hemos visto, por las palabras de Flórez, que D. Alfonso el Sabio, en su *Crónica general*, corrobora la realidad de un hecho que repugnan aceptar muchos críticos, diciendo que con su presunción se infiere un agravio á la memoria del vencedor de las Navas. Y á esto puede replicarse: ¿y qué interés iba á tener Alfonso X en menoscabar el buen nombre de su ascendiente, imputándole hechos notoriamente falsos y que redundaban en descrédito de su fama? Se lee en la citada *Crónica general* que, llegado Alfonso VIII á Toledo, desde Burgos, luego que se celebró su matrimonio en aquella ciudad con doña Leonor de Inglaterra, «pagóse mucho de una judía que avie de nombre *Fermo-*



INFANCIA DE TURENA



SERVICIOS DE LA GUARDIA CIVIL.—SOBRE LA PISTA



EL PESO DE LA HECHICERA

sa é olvidó la mujer, é encerróse con ella gran tiempo en guisa que no se podía partir della por ninguna manera nin se pagaba tanto de otra cosa alguna, é estuvo encerrado con ella poco más de siete años...» Hay que hacer notar que entre la muerte de Alfonso VIII y la publicación de la *Crónica general* mediarían unos cincuenta años, y que por lo tanto debían vivir todavía, cuando fué redactada, muchos que presenciaron los hechos de aquel reinado, además de haberse educado Alfonso X, desde sus tiernos años, bajo la tutela de su abuela doña Berenguela, hija primogénita del conquistador de Cuenca. Al Rey Sabio, en su elevada posición, no le embarazaban los escrúpulos y temores que seguramente atarían las lenguas y detendrían las plumas del Arzobispo D. Rodrigo y D. Lucas de Tuy; y si bien estos cronistas hablaron de las amigas de otros Reyes—dado el fanatismo de la época, que hizo que los castellanos nunca mirasen como Reina legítima, á pesar de su conversión al cristianismo, á la mora Zaida, de sangre real y mujer de Alfonso II—sin duda no quisieron tratar por razones de prudencia y miramientos de vasallaje del comercio carnal que entre un Monarca cristiano y una judía había existido, y que tanta abominación y escándalo produjo.

En el *Libro de los Consejos* del Rey Sancho el Bravo, se refiere también el suceso que nos ocupa, y estos testimonios bastarían para darnos, más que la presunción, el convencimiento de que Alfonso VIII, á pesar de ser su esposa doña Leonor «muy hermosa et muy apuesta con todas las buenas costumbres», faltó á sus deberes conyugales. Pero no sólo las palabras de los Reyes D. Alfonso y D. Sancho fundamentan nuestro juicio. El cronista Núñez de Castro afirma asimismo el devaneo del vencedor de las Navas, pues según dice, el Rey tuvo alguna distracción ó cuidado con la hebrea, pero «doró aquel yerro con el arrepentimiento», y el *Valerio de las historias* consigna también el hecho, reduciendo á siete meses el tiempo en que el Monarca estuvo preso en las redes de aquel amor impuro.

Uno de los argumentos que emplean el Marqués de Mondéjar y Flórez, que juzgamos pueril, es que de ser cierto que estuvo encerrado siete años con su querida, ¿cómo iba á recorrer los lugares que aparece visitando durante su transcurso? Pero hace observar Menéndez Pelayo que para todo podía quedarle tiempo, y las palabras de Alfonso X, además de que puedan ser algo exageradas, se prestan á interpretaciones llenas de sutileza.

D. José Añador de los Ríos, en su *Historia de los judíos españoles*, admite como histórico los amores de Alfonso VIII; y el Padre Mariana, al hablar de la batalla de Alarcos y sin entrar en disquisiciones analíticas sobre la verdad del caso, dice que túvose por cierto que con ella quiso Dios castigar el pecado del Rey de haberse enamorado de cierta judía, que «fuera de la hermosura ninguna otra cosa tenía que estimar», y á la que mataron los nobles. Añádese que al ir el Monarca á castigarlos por su crimen, templó su ira un ángel que se le apareció en Illescas, recordándole sus deberes para con su esposa y el reino.

En todos los relatos de este episodio de la vida de Alfonso VIII, siempre aparece como poética exornación el ángel que se le presenta para encauzarle por el camino del bien y de la virtud, y en la iglesia de Illescas hay un altar donde se supone que tuvo lugar la milagrosa aparición.

(Concluirá.)

PRÁXEDES ZANCADA.

El peso de la hechicera

Las pruebas supersticiosas de la Edad Media, que decidían de la inocencia de un acusado por medio de milagros ó maravillas sobrenaturales; estas pruebas bárbaras é irracionales, que hacen la apología de aquel dilatado período histórico, no desaparecieron de la luterana Alemania ni de la Holanda democrática, hasta muy entrado el siglo XVI, al influjo del derecho romano.

Pero no fué esta desaparición completa; quedó un resto, sin embargo, y resto repugnante y por demás cruel. La prueba de hechicería.

Según los juristas, la hechicería era un crimen extraordinario, que consideraban fuera del derecho común criminal. La principal figura en estas causas era el verdugo, en cuyas manos estaba siempre la vida ó muerte del acusado.

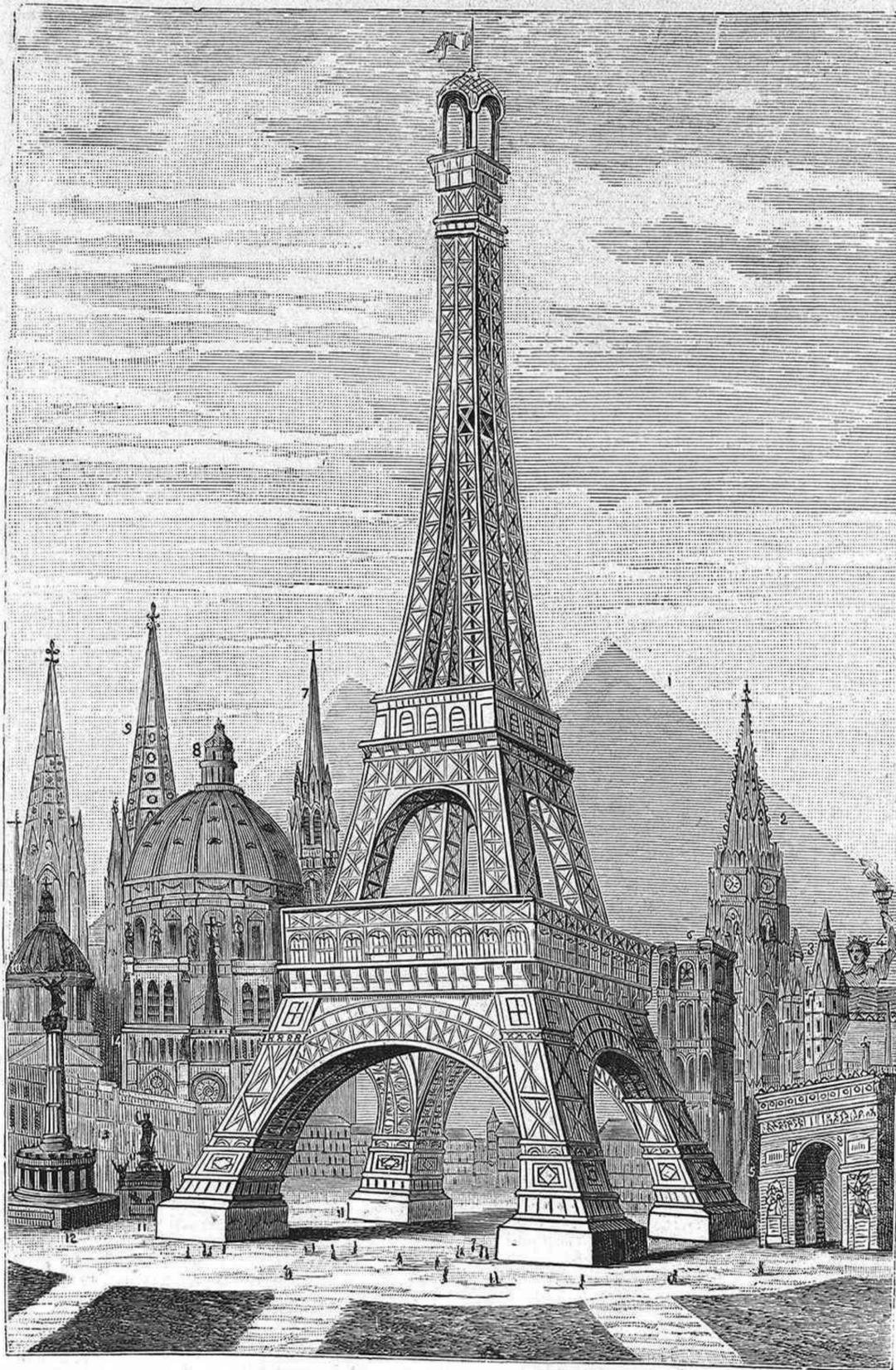
Una vez encerrados éstos en la torre llamada de los brujos, rarísima vez salían con vida. Sobre la puerta podía leerse esta inscripción: «Tú que entras abandonas toda esperanza.»

Empleábanse varias pruebas para saber si el acusado estaba poseído del demonio, siendo las más importantes y usuales la de las lágrimas, la de los alfileres, la del fuego, la del agua y la del peso ó báscula. Esta es la que representa nuestro grabado.

Fundándose en la idea de que las brujas, para poder volar, debían pesar menos que las demás mujeres, se estableció la prueba del peso á báscula. La báscula más famosa llegó á ser la de Endewater, en Holanda.

El pesar á la supuesta bruja era una operación muy seria é importante. Asistía al acto una comisión compuesta de dos jueces y un escribano. Desnudábase casi completamente la acusada, y se colocaba en el peso. El perito pesador juraba proceder legalmente, y el escribano, terminada que era la operación, extendía el correspondiente certificado.

Duraron estas pruebas hasta el año 1727. Muchísimas mujeres acudían á pesarse en la famosa báscula de Endewater, y una vez adquirido el certificado del escribano, volvían á sus hogares satisfechísimas de



LA TORRE EIFFEL.—SU ALTURA COMPARADA CON LOS MAYORES MONUMENTOS DEL MUNDO

la prueba, sobre todo cuando su peso era mucho mayor del que se suponía debían tener las brujas.

Los que más sospechas infundían de ser brujos, eran los gitanos; así se ve en el original y hermoso grabado que publicamos en este número, que comparecen ante la Comisión encargada del examen, gentes de diferentes tipos, trajes y sexos, esperando ser pesados y obtener la certificación que les asegure la vida y el reposo.

MENUDENCIAS

Á TRAVÉS DE UN CONCURSO

No; eso de que el esbozo de novela titulado *La chucha*, que dicho sea de paso no debía titularse así, sino *Los chuchos*, puesto que los protagonistas son dos, un *chucho* y una *chucha*, pueda competir y aun igualar en mérito al hermoso cuento, cuento verdadero que, con el título de *Las tres cosas del tío Juan*, ha escrito don José Nogales, es un exceso de galantería con el cual no está conforme el jurado de la opinión pública, aun tratándose de doña Emilia Pardo Bazán.

Si *La Correspondencia de España* y los colegas que con *La Correspondencia* han coincidido creen otra cosa, están en un error.

No hay, por lo tanto, pleito que fallar, pues el jurado de la opinión, que es imparcialísimo, precisamente por ser iliterato, está completamente de acuerdo con el otro, de cuya imparcialidad nadie duda.

Las tres cosas del tío Juan es un cuento perfecto, acabadísimo, hermoso modelo de este difícil género literario, y para encontrarle compañero habría que remontarse al *¡Adiós, Corderal!* de *Clarín*, y á algunos otros (que no quiero mencionar por aquello de que las comparaciones resultan siempre mortificantes) publicados por los escasos cuentistas de verdad que hay en España.

Porque una cosa es escribir narraciones *alarconianas* ó esbozos de novela, tomando por modelo á los autores franceses, y otra muy distinta componer verdaderos cuentos, hermanos gemelos de aquellos que se componían en España antes de que la literatura francesa hubiese desnaturalizado la nuestra.

¿Quiere decir esto que el esbozo de novela ó la narración firmada por la señora Pardo Bazán no sea digna, artísticamente considerada, del honor que los Sres. Valera, Echegaray y Fernández Flórez le han concedido?

No seré yo, escritorzuelo mediocre é insustancial, el que ose discutir el fallo de la prestigiosa trinidad académica; no seré yo, falderillo enclenque y diminuto, el que me atreva á ladrar á *La chucha*.

Quédese el hacerlo para los busca ruidos de la literatura, ó para los maestros de la crítica.

Y perdonen los maestros lo del ladrado.

Por no atreverme, ni siquiera me atrevo á preguntar á la agraciada en qué va á invertir las doscientas cincuenta pesetas del premio.

Pues no cabe dudar que podrá disponer de ellas á su antojo.

No dudo, sin embargo, que las invertirá en algo útil, y ya se dice por ahí que las destina á encabezar una suscripción, con cuyo producto se van á coleccionar los mejores artículos satíricos de Eduardo de Palacio.

Así sea, y hágalo pronto, porque, como ha dicho el maestro *Clarín*, y sepan los maliciosos que no le conozco, en el asunto de los cuentos premiados, lo principal es la parte moral de la cosa.

De no ser así, ¿cómo era posible que doña Emilia hubiera tomado parte en el concurso?

Pero tratándose de la parte moral, no digo yo á un concurso de cuentos, sino á una exposición de medias de lana concurre doña Emilia.

Conste, pues, que mi ignorancia no me permite meterme en camisa de once varas; pero como soy un ignorante que desea saber, nadie debe extrañarse de que me atreva á formular esta pregunta: *La chucha*, ¿es un cuento?

Tengo aprendido, aunque tal vez esté en un error, que hay dos clases de cuentos: unos con punta y otros sin ella.

Los primeros son los que tienen su moraleja correspondiente, y que encierran, por lo tanto, una lección ó un consejo.

Los segundos los que sólo tienen por objeto causar regocijo, es decir, cuentos que, por la gracia de la frase ó lo cómico del asunto, resultan chistosos.

¿Acaba en punta *La chucha*?

Acaba en un montón de infelicidad, y por regla general los montones no son puntiaguados, aunque sean infelices.

¿Tiene gracia?

Tal vez algunos se hayan reído al leer la *chuchería*, y hasta es posible que por lo bajo hayan tarareado aquello de *El barberillo de Lavapiés*:

«Si será un judío,
si será un ladrón,
si será negocio
de la Inquisición!»

¡Ah, si la Inquisición funcionara y cogiera á Blasco Ibáñez!

En resumen: ¿es un cuento *La chucha* ó no lo es? Contesten si gustan los ateneístas, pues yo puedo jurar al *Heraldo de Madrid* que no lo soy, ni voy nunca al Ateneo.

Ni pienso ir. ¿Para qué, después de la pregunta que ha hecho Maeztu en *Vida Nueva*?

Pero vale la pena de que los maestros nos digan á los que no lo somos, lo que es un cuento, pues habiendo en España 667 cuentistas (al parecer) y pudiendo haber mañana otro concurso, nos evitaremos, ó se evitarán los jurados el que se diga, como se dice ahora, que han premiado un cuento y otra cosa que no lo es. Venga, pues, la definición, porque Ayala lo dijo:

*Enseñar al que no sabe,
es obligación piadosa.*

DANIEL COLLADO.

TREINTA AÑOS ATRÁS

(EDUARDO DEL PALACIO)

Cuando—hace ahora muy cerca de treinta años—murió *Luis Rivera*, el inolvidable fundador del *GIL BLAS*, aparecieron en Madrid tres semanarios á repartirse la herencia periódica del popular autor de *Las aves de paso* y de *El estudiante de Salamanca*.

Tituláronse los semanarios aludidos: *El Cohete*, *El Garbanzo* y *Jaque-Mate*; de este último, cuyo significativo título mereció la honra de ser vituperado con violencia extremada en sesión solemne del Congreso de los Diputados por un monárquico fervoroso, á quien escandalizaba el simbolismo encerrado en el nombre de la jugada decisiva en el noble juego de ajedrez, no debo hablar. Lo fundé, lo dirigí; hice en él, como he procurado hacer siempre, cuanto pude y supe en defensa de las ideas que yo profesaba á la sazón, y que sigo profesando ahora, y á esto se reduce cuanto me corresponde decir acerca de *Jaque-Mate*.

EL COHETE fué fundado y dirigido por el nunca suficientemente celebrado *Roberto Robert*, el incomparable autor de *Los Cachivaches de antaño*, *Los Tiempos de Mari-Castaña*, *La Espumadera de los Siglos* y de otras muchas obras no menos excelentes, aunque sí menos populares.

Con *Roberto Robert*, indudablemente uno de los escritores satíricos más ingeniosos y más intencionados y de más enjundia, que han brillado en España en este siglo próximo á desaparecer, trabajaba en *El Cohete Manuel Matoses*, cuyo pseudónimo *Andrés Corzuelo* se había hecho célebre en las columnas de *Gil Blas*. Manuel Matoses, aunque solicitado asiduamente por atenciones de muy distinta índole, es literato de sólida y justa celebridad. Sus trabajos de bufete en las oficinas del ferrocarril del Mediodía (en las que ocupa hoy elevado puesto), no han sido parte para alejarlo por completo de la labor literaria, y en periódicos ilustrados, y en el teatro y en el libro, ha dado gallardas muestras, y debemos esperar y desear que continúe dándolas, de lo mucho que vale. Con tales elementos no es maravilla que *El Cohete* alcanzara en poco tiempo notoriedad y aceptación envidiables.

EL GARBANZO fué fundado y dirigido por *Eusebio Blasco*, de quien sólo con escribir su nombre se ha dicho cuanto puede decirse. *El Garbanzo*, distinguiéndose en esto de sus colegas *El Cohete* y *Jaque-Mate*, que eran resueltamente republicanos, no tenía determi-

nado color político; denominábase á sí mismo, *de primera necesidad*, era festivo, humorístico, todo lo satirizaba, se burlaba de todo y tenía muchísima sal y remuchísima gracia. Con *Eusebio Blasco* redactaba *El Garbanzo Eduardo del Palacio*, y si no recuerdo mal con ambos colaboró, aunque no asiduamente, *Vital Aza*, muchacho por aquel entonces y estudiante (no sé si aprovechado ó no) de Medicina. *El Garbanzo* obtuvo desde su aparición tan favorable acogida, que llegó á ser, á los pocos números, el más conocido en España.

Conocí á Eduardo poco antes de la aparición de *El Garbanzo*. Lo presentó en la redacción de *Jaque-Mate* un mi amigo, que lo era también de Palacio, y que, después de los cumplidos recíprocos de la presentación, me dijo que *Eduardo del Palacio* había escrito una comedia en tres actos; que la comedia se titulaba *La línea recta*, y que *Manuel Catalina*, empresario entonces del Teatro del Circo, y á quien la obra había gustado mucho, se proponía estrenarla aquella noche misma. Con lo dicho, y con ofrecermé dos butacas para el estreno, se dió por terminada aquella primera visita, no sin que yo preguntase á Palacio, con el cual simpaticé á primera vista, si *La línea recta* era su primera obra teatral. «Sí, y no», contestó sonriéndose; «sí, porque es lo primero que doy al teatro con ciertas pretensiones. Comedia de costumbres, con su *mijita* de tesis y todo, en tres actos y en verso; trabajo serio, en una palabra. No, porque ya me han representado algunas obrillas en un acto; entre ellas la titulada *El sobrestante*, cuyo asunto es una anécdota muy conocida, y que suele atribuirse á Felipe II. Esa obra fué hecha también por Catalina, y gustó mucho; tanto gustó, que Manuel Catalina, muy querido y muy buen amigo mío, me llama siempre, en son de broma, *Sobrestante*, y así me saluda cariñosamente.

Asistí al estreno de *La línea recta*, de la cual, lo confieso ingenuamente, apenas si me acuerdo ahora... ¡he visto tantas comedias y tantos dramas desde entonces!; pero lo que sí afirmo, seguro de no equivocarme, es que fué bien acogida, aunque no entusiasmó á la concurrencia. Pareció á todos primorosamente escrita, planeada con suma discreción, esmaltada con chistes cultos; en fin, labor fina de un buen literato.

Elogié la obra, como era justo, en *Jaque-Mate* y al día siguiente recibí la visita de *Eduardo del Palacio* que iba á darme las gracias por el *bombo* (que no fué *bombo*), y á llevarme un articulo, cuyo título he olvidado. Era algo así como *los peones*, ó *los alfiles*; cosa del ajedrez.

El artículo era un verdadero primor; rebosando gracia por cada línea, y de un humorismo delicioso. Huelga decir que me apresuré á publicarlo y á solicitar de mi nuevo amigo colaboración frecuente. Estaban abiertas las Cortes, y *Eduardo del Palacio* se encargó de escribir las *Crónicas Parlamentarias*. No las firmaba con su nombre; pero es claro que tenían ese corte originalísimo que ha conservado siempre, y que tanta y tan merecida fama le ha dado.

Aquellas crónicas parlamentarias de *Jaque-*

Mate, crónicas de las cuales decían las personas que presumían de serias: «son insustanciales, no ahondan; esas incoherencias no sirven sino para hacer reír al vulgo; ni instruyen, ni deleitan»; aquellas crónicas animadas, vivas, chispeantes, cuyas inesperadas salidas hacían fruncir el ceño á severos censores, fueron el mayor atractivo de *Jaque-Mate* para los lectores de buen humor, que las devoraban con indecible contentamiento.

De entonces data mi amistad con Palacio, amistad no turbada ni una sola vez en un período de treinta años. La obra de *Sentimientos* en el transcurso de esos treinta años es, por su cantidad, asombrosa, y por su calidad admirable. No hay para qué decir cómo y por qué no todos sus trabajos están á la misma altura; pero es justo afirmar que en todos ellos, sin excepción, hay algo en que se revela el humorista, el buen literato, el escritor de gusto exquisito y el crítico inteligente.

En la existencia de Eduardo del Palacio, es triste decirlo, han sido más las amarguras que los goces. Los que le han seguido paso á paso lo saben. Vida siempre de trabajo rudo; vida á veces de privaciones; si tuvo períodos de relativa holgura, tuvo muchos más de escaseces y de ahogos. En la lucha constante y cruel por la vida se prodigó mucho, y esta prodigalidad, muestra elocuente del vigor, de la fuerza creadora de su cerebro privilegiado, hizo desmerecer, en algunos casos, la labor de Palacio en la admiración de los que, por anomalías de nuestra organización social, cotizan firmas y pagan cuartillas en el mercado literario. Para

Eduardo ha llegado, imprevista, por sorpresa, la hora de las alabanzas unánimes, del elogio no discutido. ¿Quién sabe si entre esos mismos que ante su tumba extremaban la nota del encomio hiperbólico, habría quien horas antes hubiese aceptado, á regañadientes y á bajo precio sus trabajos? Esto puedo decirlo en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, en cuyas columnas no dejó de aparecer nunca la firma de Palacio.

¡Dichoso él: sí, dichoso; ya no necesita luchar! ¡Pobres y desventurados los que han de pelear todavía!

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL SEXTO SENTIDO

EL SENTIDO ÍNTIMO

«Decíamos ayer» (1) que el hombre posee en estado latente, además de los sentidos y facultades que conocemos, otros sentidos y facultades de los que no nos damos cuenta, con superioridad infinita á los sentidos y facultades que conocemos.

De entre estas facultades que el alma tiene en germen, vamos á ocuparnos hoy de una que, aunque nos es poco conocida, hay datos suficientes para contrastar y evidenciar su existencia. Esta es la que denominaremos *el sexto sentido*.

Los cinco sentidos (vista, oído, olfato, gusto y tacto), debidamente dirigidos por la razón para no caer en lamentables extravíos, nos ponen en relación y nos dan á conocer el mundo material que nos rodea.

Pero la ciencia nos enseña que la Naturaleza, además del aspecto exterior que impresiona á los sentidos, tiene otros modos de manifestarse. La física comprueba que más allá del rojo y violeta hay colores que no impresionan á nuestra vista, apta solamente

para recibir las vibraciones luminicas comprendidas entre estos dos colores; y por consiguiente, las vibraciones luminosas que exceden ó no llegan á las de aquellos dos colores pasan sin que nuestra vista nos revele su existencia. Al chocar dos cuerpos se produce una vibración aérea, sonido, que es percibida por nuestro oído, siempre que á él llegue con cierto grado de intensidad, habiendo mil sonidos en todos momentos que tampoco oímos. Esto también ocurre con los demás sentidos.

Por si los descubrimientos de la física no fueran suficientes, el telégrafo sin hilos, de recientísima invención, nos revela la existencia y transmisión de ondas vibratorias, cuya existencia pasa también desapercibida para los sentidos.

Decimos previamente todo esto para comprobar una vez más la existencia del mundo

extracorpóreo, extramaterial, fluidico, ó como quiera llamársele, que nos rodea por todas partes y que se manifiesta de diferentes modos.

Pues bien; así como la inteligencia en su incesante progreso ha llegado al descubrimiento de esas manifestaciones ultracorpóreas de la Naturaleza, ó de ese mundo etéreo, el alma, en su incesante desenvolvimiento, inicia en el organismo nuevos sentidos que le permitan sentir (1) y apreciar dicho mundo fluidico.

El *sexto sentido* es uno de ellos.

En el hombre hay—lo hemos repetido en muchas ocasiones,—además del alma y del cuerpo, una substancia cuyo análisis ha escapado á la fisiología; pero cuya existencia, presentida ya por genios de la antigüedad (San Pablo la llama *cuerpo espiritual*), es hoy admitida por los más ilustres sabios de todo el mundo. Y ¿cómo no?, si esta substancia llega en ocasiones á exteriorizarse y á adquirir los caracteres de la materia corpórea, visibilidad, tangibilidad, etc., produciendo esos múltiples fenómenos maravillosos que estudia el psiquismo contemporáneo

Este cuerpo espiritual, cuerpo astral, mediador plástico, periespiritu, cuerpo fluidico... pues cada escuela le da diferente denominación, aunque se halla en todas las células componentes de nuestro organismo, irradia al exterior, envolviendo al cuerpo, especialmente á la cabeza, en tres aureolas (2) de diferentes magnitudes y densidades, según el progreso intelecto-moral del espíritu, el cual se halla en razón directa con la magnitud de aquél é inversa con su densidad.

Cuando en nuestra mente formulamos un pensamiento cualquiera, bueno ó malo, ligero y superficial ó profundo... sale de nuestro cerebro al exterior un algo, una substancia vibratoria de color y forma en armonía con el carácter del pensamiento (3).

Y otro tanto sucede con las voliciones: todo deseo, torpe ó puro, egoísta ó altruista... va acompañado, en dirección al sitio que deseamos, de una vibración especial.

Pues bien; todas estas diferentes vibraciones de la substancia del cuerpo fluidico humano impresionan, en mayor ó menor grado, á los demás hombres, y á la facultad que en nosotros existe de recibir y apreciar dichas impresiones es á la que denominamos *el sexto sentido*.

Desde luego se echa de ver la esencial diferencia que hay entre el *sexto sentido* y los cinco sentidos corporales, pues al paso que éstos tienen por fin ponernos en relación con el mundo exterior, el *sexto sentido* nos pone en relación íntima con el mundo espiritual; pues las vibraciones que de nuestros semejantes nos impresionan, son reflejo fiel de los sentimientos, voliciones y pensamientos que las han producido.

Aunque para el *sexto sentido* no tiene nuestro cuerpo un órgano especial, como le tienen los demás sentidos, es verosímil que en la parte anterior del cerebro, en la frente, es donde más particularmente impresionan las modulaciones fluidicas; y lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que, cuando queremos abstraernos del mundo exterior, cuando un pensamiento, un sentimiento, un algo anormal á nosotros, ó un fuerte presentimiento llega á afectar nuestra alma, instintivamente llevamos las manos á la frente, como para poder darnos más exacta cuenta del presentimiento, volición ó pensamiento que de fuera parece haber llegado á aquella parte del cerebro; como el telegrafista acude al aparato receptor para descifrar las comunicaciones que desde lejanos y diferentes puntos tienen en dicho aparato su punto de llegada.

Muchas páginas habríamos necesidad de escribir para especificar las varias funciones que desempeña el *sexto sentido*, su iniciación y desarrollo en el hombre á través de los tiempos, ejemplos que lo comprueban... Mas no siendo esto posible en artículos de Revistas cuyo objeto principal es ilustrar á sus lectores con síntesis científicas, nos concretamos á estos ligeros apuntes. ¿Cómo funciona el sexto sentido? ¿A qué leyes obedece?

Aunque fuera soberbia pretensión querer contestar

(1) Véase el artículo *Conócete á ti mismo*, inserto en el número de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, correspondiente al 10 de Septiembre de 1899.

(2) Véase el trabajo *Aureolas del hombre*, publicado en el número 3 de 1898.

(3) Véase *Las imágenes de los pensamientos*, número 5 de 1898.



LOS OCIOS DEL VIEJO MENESTRAL

categóricamente y de modo absoluto, que no dejase lugar a la menor duda, hay datos suficientes que permitan cuando menos inducir con probabilidades de acierto. Y estas probabilidades las hallamos en una teoría que la física moderna se muestra orgullosa de haber encontrado para la explicación de los más sublimes fenómenos: la teoría de las vibraciones.

Ya hemos indicado hoy, y en cada trabajo a que nos referimos lo hicimos con relativa extensión, que el cuerpo periespiritual ó fluidico de cada individuo tiene su vibración especial, y que los pensamientos, voliciones y sentimientos de nuestro espíritu producen emanaciones vibratorias de diferente modalidad é intensidad.

Fácil es, con estos antecedentes, darnos cuenta de la función del *séxtimo sentido*.

Al aproximarse dos personas, sus cuerpos fluidicos, que, como hemos dicho, irradian fuera del cuerpo material, se juntan, aunque no se mezclan, y el *séxtimo sentido* experimenta cierto choque ó impresión, agradable si las vibraciones de ambas son armónicas, desagradable si las vibraciones son muy diferentes.

Consignaremos de paso que las hasta ahora inexplicadas simpatía y antipatía tienen su fundamento en estas vibraciones periespirituales, las cuales son expresión de las cualidades y estados del alma. Si las vibraciones son armónicas, el *séxtimo sentido* experimenta cierto bienestar, al que llamamos simpatía, y el alma es atraída hacia otra alma semejante. Lo contrario ocurre cuando las vibraciones son desemejantes.

Si una persona de honestos pensamientos y costumbres entra en una habitación en la que se hallan algunos individuos de pensamientos y costumbres libidinosos, aunque la reciban con la más correcta cortesía, el *séxtimo sentido* queda desagradablemente impresionado, y advierte al alma los sentimientos que en vano aquellos quieren ocultar.

El *séxtimo sentido* no se halla igualmente desarrollado en todos los hombres, pues desde el salvaje, en que apenas hay señales de su existencia, al civilizado, en que da muestra de su impresionabilidad, hay muchas gradaciones. Sin embargo, todavía no ha alcanzado todo su desarrollo, y cuando el hombre del porvenir, esclavizando las malas pasiones, sea más dueño de sí mismo, su organismo será más fino y más perfecto, y se dará más exacta cuenta de las impresiones del *séxtimo sentido*. Entonces no podrá imperar la falsía, el engaño y la traición, pues por el *séxtimo sentido* el hombre verá como en un espejo el alma de sus semejantes.

EUGENIO GARCÍA GONZALO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La evolución anímica.—Ensayos de Psicología fisiológica, por Gabriel Delanne, autor de diferentes obras científicas.—Versión española de Quintín López Gómez.—Un volumen de 356 páginas.—Precio, tres pesetas.

Si fecunda en buenos libros ha sido la Psicología moderna, *La evolución anímica* debe figurar entre los de primera línea.

Distínguense las obras del célebre filósofo francés porque, separándose del camino rutinario, y ya vulgar, de presentar siempre los mismos problemas con iguales conclusiones, en los asuntos objeto de sus libros ofrece siempre nuevos puntos de vista para la ciencia.

Otra de las particularidades que caracterizan y avaloran las obras de Delanne, es el admirable método con que están concebidas y desarrolladas y la naturalidad y sencillez del estilo. Así es que aun los menos aficionados al estudio leen con deleite y se asimilan con facilidad todos y cada uno de los conceptos que contienen; y los hombres de ciencia, lo mismo los iniciados en las abstrusidades de la más alta metafísica que los positivistas del día, que se detienen ante los hechos experimentales sin atreverse á dar un paso más allá, ahogando las solicitudes de su razón, se quedan asombrados: los primeros, porque las deducciones de los libros de Delanne sobrepujan á las que ellos, en sus lucubraciones idealistas, habían llegado; y los segundos, porque aquellas deducciones tan atrevidas son lógica consecuencia de lo que ellos han contrastado; esto es, les presenta el fruto de lo que ellos sembraron y no se atrevieron á recoger.

Tan pronto como recibimos *La evolución anímica* y vimos el índice de materias, supusimos que teníamos en la mano un excelente libro, pues de ello eran otras

tantas garantías: el nombre del autor, el índice de materias y el haber sido escogida y traducida para la selecta Biblioteca científico-filosófica por su director.

Su lectura confirmó superabundantemente nuestro prejuicio.

Querer dar cuenta en una *Nota bibliográfica* de los asuntos que trata el libro, es tan difícil como encerrar las aguas del mar en la palma de la mano. Sólo mencionaremos los nombres de los capítulos:

I. La vida.—II. El alma animal.—III. Cómo ha podido el periespiritual adquirir sus propiedades funcionales.—IV. La memoria y las personalidades múltiples.—V. Papel del alma bajo el punto de vista de la encarnación, de la herencia y de la locura.—VI. El Universo.

¿Cuál es la causa de la evolución vital de los seres orgánicos? ¿Por qué las fuerzas que llevan al cuerpo á su cabal desenvolvimiento, son impotentes para mantenerse en este estado? ¿De otro modo? ¿Por qué se muere? ¿De dónde procede la fijeza del tipo de los seres vivos, á pesar de la incesante renovación de la materia? He aquí algunas preguntas ante las que las ciencias biológicas se detienen y no aciertan á dar contestación satisfactoria, y las que, así como otras muchas tan interesantes y trascendentales, tienen cumplida explicación en el decurso de la obra. Sinceramente felicitamos al autor y le enviamos por este medio nuestro modesto aplauso, del que hacemos también participe al filósofo español D. Quintín López, por su, como todas, esmerada traducción, y á la Biblioteca científico-filosófica de *Lumen* al enriquecerse con obra de tal valía.

La evolución anímica será una obra preferente en la librería de todo amante del saber.

BIBLIÓFILO.

TEATROS

ESPAÑOL

Juez y reo.—Drama en tres actos y en prosa, por D. Fernando Soldevilla.

La obra estrenada el 27 del pasado en el clásico teatro, pertenece al género antiguo, y á poco que se hubiera cargado la mano en el rojo, hubiera servido muy bien para la «galería» de Novedades.

Un conspirador; una mujer joven y bonita—¡ya lo creo que es bonita!—casada con un magistrado viejo, que la tomó en calidad de honorarios por salvar la honra del que había de ser su suegro; el indispensable amante, antiguo novio, que aunque es oficial de la Guardia, en amor no ha pasado de cadete; estos son los tres elementos de la obra dramática.

El oficial se va á batir y entrega á su gran amigo, el conspirador, un cofrecillo misterioso que encierra las cartas de la adúltera. Antes de que vuelva á recogerlas aparece la justicia, prende al coronel Vargas, cuya conspiración ha sido delatada, y el juez, que es... precisamente el marido de Clara, se apodera del misterioso cofrecillo. Y es claro, no valen las protestas ni las súplicas del Sr. Vargas, que trata de salvar aquel depósito que un amigo le hiciera, y Valdenebros (este es el nombre del magistrado), abre la cajita, saca las cartas, y se lleva las manos á la cabeza.

Aunque el apuesto oficial de la Guardia frecuenta su casa, no se le ocurre echarle el muerto más que al Coronel Vargas, contemporáneo suyo, é idea vengarse de él deshonorándole. Para lo cual recaba la real orden de libertad, haciéndole pasar por el denunciador del complot, por traidor de los suyos.

Pero el noble oficial no puede consentir que su amigo continúe bajo el peso de tan infamante acusación, y deshace el enredo declarando al marido que él era el amante.

El íntegro magistrado, que tiene reunión en su casa aquella noche, llama á los invitados, que son ¡dos!, y declara su infamia, su impostura, al señor de Vargas, pero trasladándola á Olmedo, el amante de su mujer. El tal magistrado resulta un caballero de una pieza.

Clara, al ver á Olmedo deshonorado, se lía la manta á la cabeza, y proclama, ante la numerosa reunión, que el oficial es su amante y por eso su marido quiere perderle.

Entonces el marido, colérico, dispara un revólver y mata á Olmedo.

Este es el drama, que, aplicándole la clasificación de las armas portátiles de fuego, podemos decir que es del sistema de «á cargar por la boca».

No creemos que el Sr. Soldevilla, que tiene un nombre ya hecho, haya esperanzado en un triunfo literario al llevar á la escena su producción.

El, que vive en el ambiente moderno de las letras, debía saber antes de levantarse el telón lo que el público había de pensar de un drama fundido en empolvados moldes, y por esto nos inclinamos á creer que las cuartillas de *Juez y reo* han dormido largo tiempo entre el montón de trabajos inéditos que va formando el cotidiano trabajo de un periodista tan laborioso como Soldevilla.

De la interpretación, lo más piadoso sería no decir nada. A excepción de Matilde Moreno, que suplió con arte la falta de entusiasmo, los demás ni pasables siquiera.

Y nada queremos decir de la levita del Sr. Vargas, ni del esfuerzo de imaginación que era forzoso hacer para creer que Clara (señorita Moreno) y la hermana del conspirador (señora Argüelles) habían sido con-discípulas, ni de la *concurrida* reunión del magistrado... ¡Pero es que ya no hay comparsas en el mundo!

**

Por suerte, los empresarios que tan mal estaban tratando al clásico coliseo, han recogido velas, y una nueva empresa, haciendo en la compañía algunas acertadas reformas, se dispone á abrir de nuevo el teatro.

Vayan con Dios los Sres. Barratúa y Escudero, y sean bien venidos los nuevos empresarios, pues por mal que lo hagan, no han de hacerlo peor que sus antecesores.

Por de pronto, inauguran el Español con una obra del eminente Echegaray, desconocida en Madrid, y anuncian algunas otras de autores muy celebrados.

Que no tengamos que escatimar elogios á la naciente empresa, es nuestro más ferviente deseo.

PRINCESA

—¿Y *El viaje del capitán*?
—Desastroso.
—Claro está; con este temporal... ¿De modo que *El capitán*?...
—Hombre al agua.

**

Predicar y dar trigo, comedia del Sr. Sellés (hijo).

El Sr. Sellés (hijo) se ha revelado en su primera obra dramática como un autor de quien puede esperarse bastante.

Hay en *Predicar y dar trigo* las naturales inexperiencias del autor novel, pero tanto por el asunto de la comedia como por la soltura con que está dialogada, ponen de manifiesto aptitudes que, con el tiempo y el estudio, pueden hacer del Sr. Sellés un buen autor.

El joven escritor mereció los honores del proscenio, y la interpretación de su obra nada dejó que desear.

ROMEA

Los amarillos, juguete cómico lírico de los Sres. Flores García y Abati, música del Sr. Saco del Valle.

Los Sres. Flores García y Abati han pasado el Rubicón, ó sea los Pirineos, para traer al teatro Rómulo *Los amarillos*, juguete cómico-lírico, que es una verdadera dislocación.

Por lo visto, los citados señores no tienen inventiva ni ingenio propio, ni aun para contentar al público pacientísimo y bondadoso que asiste al teatrillo de la calle de Carretas.

Saco del Valle, esa flor de un día de la música, ha escrito una partitura que hubiera resultado original... hace algunos años.

La ejecución, dicho sea en honor á la verdad, bastante buena, distinguiéndose los artistas por este orden: Loreto Prado, Joaquín Posac y Enrique Chicote.

La noche del estreno los autores fueron llamados á la escena y, como es consiguiente, salieron.

Flores García se dió mucha prisa á salir, porque ¡hacia tanto tiempo que no le llamaban!

**

El turno de los partidos, juguete cómico lírico, de los Sres. Larra y Gullón, con música del maestro Rubio.

El nuevo juguete, que no tiene más pretensión que la de hacer pasar al público un rato divertido, consiguió su objeto, pues no carece de situaciones cómicas ni de frases que, á veces, hagan reír.

Los autores, en unión de los intérpretes de *El turno de los partidos*, recibieron muchos aplausos del escogido público que llenaba la sala.

LUIS DE LA VILLA.

Caricaturas de Mazzantini y Fuentes, por D. Aristides del Río.—A 50 céntimos en todas las librerías.



El ideal para las señoras es tener una bella encarnación y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni arrugas, ni granos, ni pecas; la epidermis sana y limpia; tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la *Crema Simón*, de los *Polvos* y del *Jabón Simón*. Exigir bien la *Crema Simón*, y no otros productos similares.

A LOS SORDOS.—Una señora rica, que ha sido curada de su sordera y de zumbidos de oídos por los tímpanos artificiales del Instituto Otopático del Dr. Nicholson, ha remitido á este Instituto la suma de 25.000 francos, á fin de que todas las personas sordas que carezcan de recursos para procurarse dichos tímpanos, puedan obtenerlos gratuitamente.

Dirigirse al Instituto Nicholson, Longcote, Gunnersbury, Londres, W. Inglaterra.

M. ROMERO, impresor.—Libertad, 31.—Teléfono 875.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedarán organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

EL RALLY

Coches de abono por horas y servicios sueltos

TELÉFONO 3.099.—BLASCO DE GARAY, 8

EL NUEVO

producto decorativo **papel cartón incombustible** sustituye ventajosamente á los conocidos por sus excepcionales condiciones de estética, materiales y económicas.

En **papeles pintados** primera casa en España por su surtido, gusto en la decoración y economía en los precios.

R. REBOLLEDO, Arenal, 22, Madrid.—Teléfono 261

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

ALMERIA

los **SALICILATOS de VIVAS PÉREZ**

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

Se admiten anuncios á precios convencionales

Echegaray, 34

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

KUHN. JARDÍN ARTIFICIAL EN siete salones, Cruz, 42, con laguna, alameda, cenadores, ria. Curiosidad digna de ser visitada.

ALFOBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

JARDÍN KUHN. FÁBRICA DE CORONAS en tela y porcelana, desde 25 pesetas en adelante; combinaciones artísticas; se tiñen plumas y se rizan á real.

ÚNICO FABRICANTE DEL SENDO Moka, legítimo café molido extraído del *Glandiario*. Depósito: Mercurio, 4, Sevilla. Se desean representaciones en Madrid y provincias bien remunerados y se facilitan muestras por correo.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper acaba de terminar la publicación de la obra *Diccionario de ideas afines* del distinguido filólogo don Eduardo Benot; forma un volumen en 4.º mayor de 1.418 páginas y que encuadernado en tela se vende al precio de 32 pesetas.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

PRODUCTOS QUÍMICOS FARMACÉUTICOS é industriales. Farmacia de Alvarez Coipel. Barquillo, 1.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

VENTA DE FONÓGRAFOS MODERNOS. Los mejores cilindros canto y música. A. Hugens y Acosta. Barquillo, 3, dup.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

HABILITACION DE CLASES PASIVAS y oficina general de negocios. Especialidad en asuntos militares. Gestiona y compra abonares de Cuba. Hortaleza, 130. D. Rafael Márquez Bravo.

Artes gráficas

FOTOGRAFADO, CINCOGRAFÍA, CROMOTIPIA, etc.

Alfonso Ciarán

Quintana, 34, hotel

MADRID

PASTILLAS PECTORALES INFALIBLES

contra la

TOS

inventadas en el año 1865 por el

DR. ANDREU

La rápida y universal aceptación que han tenido en todo el mundo y su éxito siempre creciente por espacio de tantos años, son la mejor garantía de las preciosas virtudes medicinales de estas PASTILLAS. Son tan rápidos y seguros sus efectos, que casi siempre se cura

antes de concluir la primera caja

LA TOS

DROGUERIA Y FARMACIA DE LOS HIJOS DE CARLOS HULZURRUN
Esparteros, 9